EL MUNDO

Jueves, 10 de febrero de 2005. Año XVII. Número: 5.540.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

Que sí, hombre, que sí (a pesar del Gobierno)

LUIS HERRERO

Que el malentendido no quede entre nosotros: lo que pretendo con este artículo es buscarle las cosquillas a todos aquellos, entre los que se encuentran muchos amigos míos, que están a punto de votar no a la Constitución Europea por el único motivo de darle una gran patada en salva sea la parte al presidente Rodríguez Zapatero. Estoy tan sinceramente convencido de que ese comportamiento sería un error tan lamentable que no puedo evitar enfrentarme a él aún a riesgo de los coscorrones que me pueden llover por la temeridad del desafío. Espero, después de todo, que por lo menos sean coscorrones amistosos.

Para empezar dejemos claras algunas cosas: este Gobierno, a mi juicio, lo ha hecho casi todo mal en relación con el referéndum del día 20. Tomó la decisión de fijar la fecha de la votación unilateralmente y se precipitó por el prurito infantiloide de hacerse el macho, como un niño cuando compite con otro para ver quién mea más lejos; propició un clima de enfrentamiento político con el PP más subido de tono de lo que cabía esperar del ya mundialmente famoso adalid del talante, por detrás y por delante; le hurtó a los ciudadanos el derecho a una información suficiente sobre lo que vamos a votar impidiendo los debates que había recomendado el propio Consejo Europeo a principios de noviembre y, por si eso fuera poco, les negó el derecho a existir a todos aquéllos que, con toda la legitimidad democrática del mundo, querían hacer proselitismo del no. Además, manipuló la propaganda institucional para conducir a los votantes, en rebaño, hacia el redil de su propia tesis sin respetar suficientemente su condición de ciudadanos libres, capaces de discernir por sí mismos qué es lo que de verdad les conviene. Y, para colmo, aún no ha facilitado argumentos claros para rebatir a los que piensan -algunos de buena fe y otros vete tú a saber- que a ZP lo que de verdad le pone cachondo es la idea plebiscitaria de la votación de la semana que viene.Ya verá usted, señor presidente, la que organiza como se le ocurra decir delante de Schröder y de Chirac que la idea de Europa que vamos a refrendar es la de la retirada de las tropas de Irak, la del romance apasionado con el eje francoalemán y la de tenérselas tiesas con Estados Unidos. Espero que no cometa usted semejante desatino. Le aconsejo que mande a su ministro de Exteriores a alguna misión diplomática facilita por

el Lejano Oriente para ahorrarse sus cantos de sirena o por lo menos haga lo que hizo Ulises: átese al palo mayor para resistir la tentación de hacerle caso.

Llegados a este punto, declaro humildemente que, a pesar de todo, yo voy a votar sí por imperativo racional. Y lo que aún es peor: no pierdo la esperanza de convencer a algún lector, si es que a estas alturas del artículo aún queda alguno, de que a Rodríguez Zapatero no hay que darle la patada el día 20, sino cuando manda la liturgia democrática, que es cuando las urnas avalan el cuerpo a cuerpo entre los partidos. Como diría Aznar -espero que no se enfade por la cita-, «ahora, no toca». También a él le oí decir muchas veces que las coaliciones negativas no conducen a ninguna parte. La política que merece la pena es la que agrupa esfuerzos para defender ideas y proyectos a favor de algo en lo que se cree. La que no merece la pena es la que se pone al servicio de destruir al adversario a cualquier precio, aunque para lograrlo haya que negar, en todo o en parte, las ideas de uno mismo.

Creo que Rajoy tiene razón cuando dice que España y Europa son más importantes que Zapatero. Yo, mucho menos fino que Rajoy, lo hubiera dicho más a lo bestia, o sea, al revés: Zapatero no es tan importante como para reconocerle carta de naturaleza en una decisión en la que se contraponen valores -España, Europa- mucho más importantes que él.

La idea de Europa ha ido avanzando a golpe de tratados. Cada uno de ellos ha supuesto una zancada, a veces más larga y a veces más corta, en el proceso de construcción de la Unión Europea.El que ahora nos ocupa, el Tratado Constitucional, es el primero que trasciende con absoluta claridad planteamientos meramente económicos para hincarle el diente a los valores políticos. ¿No sería un tremendo contrasentido empezar a discutir de los valores, que sin duda tendremos que ir perfilando mejor en el futuro, utilizando la técnica de darle mamporrazos extemporáneos al adversario? La descalificación sistemática, el ladrido de los dóberman, el sectarismo ideológico, la caza al hombre (sobre todo si el hombre se llama Aznar), la guerra de los dossieres, el desenterramiento de los muertos, el confinamiento de los valores morales en el cajón de lo exclusivamente privado y las purgas de los desafectos son algunas herramientas que identifican una manera denostable de hacer política a la que el PSOE se muestra especialmente proclive, y yo no soy partidario de utilizar los procedimientos que denuesto ni siquiera para combatir a los denostados. Con las mismas armas, no. Una cosa es no tener complejos y otra muy distinta es tener complejo de maricomplejines.

Si pido el voto para la Constitución Europea es, precisamente, porque es el Tratado que reconoce explícitamente por primera vez -¡por primera vez!- que el valor fundamental de la Unión es el respeto a la dignidad humana. ¿Por qué denigrar ese principio, en el mismo momento de saludarlo, con el recurso al juego sucio? ¿Sólo por el dudoso placer de pagar con la misma moneda?

Algún día no muy lejano Zapatero dejará de ser presidente del Gobierno y nosotros seguiremos siendo ciudadanos europeos. Que nuestros derechos de entonces queden debidamente a salvo, por encima del derecho de los estados, depende en parte de que la nueva Constitución sea ratificada por todos. También por los españoles.

Y, dicho todo esto, que el día 20 cada uno vote en conciencia. Luego, en todo caso, todos tan amigos.

Luis Herrero es eurodiputado del Partido Popular.

© Mundinteractivos, S.A.